

La ciudad y el Futuro

Raymond Williams

(THE COUNTRY AND THE CITY, NEW YORK, OXFORD UNIVERSITY PRESS,
1973, CAPITULO 23).

De la experiencia de las ciudades surgió una experiencia del futuro. En la crisis de la experiencia metropolitana, las historias acerca del futuro sufrieron un cambio cualitativo. Había modelos tradicionales de este tipo de proyecciones. En toda la literatura registrada ha habido una tierra después de la muerte: un paraíso o un infierno. En los siglos de exploración y viajes, se descubrieron nuevas sociedades, como promesa o como amonestación, en nuevas tierras: a menudo islas: a menudo la isla feliz, de por sí un elemento formador del mito. Pero en la experiencia metropolitana, aunque se recurría ampliamente a ellos, con el tiempo estos modelos se transformaron. El hombre ya no se dirigía hacia su destino, ni descubría su paraje feliz; sino que veía, orgulloso o equivocado, su propia capacidad para la transformación colectiva de sí mismo y de su mundo.

Ya en el siglo dieciocho, Louis Sébastien Mercier escribió tanto una topográfica y contemporánea *Tableau de Paris* (17829) cuanto una historia del futuro secular, *L'An 2440* (1770). Pero fue a fines del siglo diecinueve, y significativamente en Londres, cuando aconteció la gran transformación. Podemos verla en escritores tan distintos como William Morris y H. G. Wells. Cada uno, a su manera, recurre a la experiencia transformadora de su Londres contemporánea, que por entonces era el centro de atracción social y literaria. Cada uno, también a su manera, recurre a la nueva conciencia colectiva producto social de la experiencia urbana, aún allí donde parten de su crítica y su repudio. Morris en *Newsfrom Nowhere* (1890) hace resucitar a su observador, en una bulliciosa noche luego de un debate político, encontrándose en la Londres del siglo veintiuno. Dos aspectos son, entonces, significativos: la Londres que Morris anticipó, lo cual constituye una ruptura cualitativa; y las ideas y sentimientos sociales que la crearon, que guardan continuidad con el movimiento socialista de sus días. Si solo consideramos esa Londres imaginada, encontramos al Morris soñador y a menudo nostálgico:

Las jabonerías con sus chimeneas que escupen humo habían desaparecido; los talleres mecánicos habían desaparecido; las tuberías habían desaparecido; y el viento del oeste no trajo ruidos de remaches y martillazos de Throneycroft. ¿Y el puente? Tal vez había soñado un puente así, pero nunca había visto uno tan propio de una ilustración antigua...

...Volví a abrir mis ojos a la luz del sol y miré a mi alrededor, y exclamé entre los susurrantes árboles y los fragantes capullos, “¡Plaza Trafalgar!”.

Londres ha sido descentralizada, manteniendo algunas de sus mejores partes antiguas pero restaurando algunas de las áreas pobres para separar pequeños municipios y caseríos. Las ciudades manufactureras industriales “han desaparecido, como el desierto de ladrillo y cemento de Londres”.

La mayoría de los pequeños municipios han sobrevivido, y sus centros se han despejado; los suburbios “se han integrado al mero campo”. Es una combinación de lo que esencialmente es la restauración, retroceder en la historia y recurrir a parámetros medievales y rurales, y lo que formalmente iba a expresarse como diseño urbano, la creación de centros de orden y control urbano. Es una imaginada Londres antigua, previa al industrialismo y la expansión metropolitana, y una proyectada Londres nueva, en el sentido contemporáneo de la ciudad jardín. Estos impulsos contradictorios nunca son totalmente resueltos, y realmente no se pueden resolver sin considerar lo que se propone, en todo, como espíritu directriz; la nueva idea social.

Pues las energías transformadoras se conciben como generadas en la Londres de la conflictiva miseria del siglo diecinueve, y en el movimiento socialista que surgió como respuesta a ella: fuerzas de iritado repudio; fuerzas de nueva cooperación y esperanza. El nuevo movimiento social, otrora solo una visión, se fortaleció en la lucha, como así también en la experiencia del Domingo Sangriento en la plaza de Trafalgar, y encuentra entonces organizadores que pueden guiarla a través de una necesaria guerra civil hacia la nueva y pacífica sociedad.

Solo hace falta comparar esto con, digamos, *Doom of a City* y *City of Dreadful Night* de Thomson para percibir un cambio substancial. Los juicios son semejantes, así como la convención narrativa. Pero lo que se ha introducido en la experiencia y la ha alterado es justamente este sentido histórico del crecimiento de un movimiento. La crítica social de Thomson es igual de dura, pero su observador permanece aislado. En Morris la energía negativa ha encontrado una causa positiva.

La visión de Wells es más dura. No sólo ha añadido una dimensión histórica sino también una evolucionista. Tal como dijo respecto de *When the Sleeper Awakes*, de 1899 (que había desarrollado la forma narrativa de Thomson o Morris pero conduciéndola, siguiendo a Edward Bellamy, hacia un mayor énfasis del movimiento histórico), es fundamentalmente una exageración de las tendencias contemporáneas: edificios más altos, pueblos más grandes, capitales más inicuas y trabajo más oprimido y desesperado que nunca.

Pero más específicamente, como en *A Story of the Days to Come* (1899), hay una prolongación directa de una visión más antigua de la ciudad: un enorme crecimiento lunático, que abajo produce un torrente subterráneo de salvajismo que se ahonda, y arriba cada vez más donaire frívolo y necio derroche.

Esta es la visión a la que se le había dado una dimensión evolucionista en *The Time Machine* (1899), cuando el “salvajismo debajo”, de los trabajadores pobres, se ha transformado en los Morlocks brutales y ciegos, y la frívola necedad de los ricos se ha convertido en un Eloi de muñecas, juguetes que también son comida de los Morlocks. Esta imagen se repite con frecuencia de

diferentes formas: el “mundo inferior” de Gissing se ha convertido en el área subterránea de los trabajadores esclavizados. Una y otra vez se representa la sombría visión del hombre dividido entre el trabajo brutal y el consumismo frívolo, como así la de la ciudad modelada físicamente para encarnar estos mundos. Esta forma de ver las cosas habría de ejercer una gran influencia. Uno de sus herederos más notables es la película *Metropolis* de Lang, en los años 20.

La visión sombría de Wells es entonces la contraparte de la visión más benévola e idílica de Morris. Pero así como el ideal de Morris no puede separarse de su percepción de un nuevo movimiento social, tampoco puede separarse el apocalipsis de Wells de su percepción de una nueva idea social. Cada una, de diferentes maneras, provino de la experiencia de la ciudad. En Wells la solución es sólo parcial aunque enfáticamente la tecnología: nuevos medios de comunicación y transporte dispersarán la espantosa concentración del desarrollo industrial y metropolitano del siglo diecinueve; entonces, estarán disponibles prácticamente nuevos establecimientos físicos y sociales. Pero esto depende fundamentalmente de una nueva concepción de la sociedad lo que Wells llama “ecología humana”: una nueva conciencia colectiva, científica y social, que es capaz de tomar control de un medio ambiente de manera total y conducirlo hacia logros humanos. Esta dimensión del pensamiento es nueva, y es provocada por la observación de lo que le ha hecho el desarrollo no planificado e ignorante y agresivo a los hombres y animales, al campo y la ciudad. La nueva ciudad, cuando surja, será un nuevo mundo, dirigido por esta nueva ciencia.

Es importante comprender estas respuestas de Morris y Wells en el contexto de la crisis de la civilización metropolitana e industrial. A menudo sus perspectivas han sido descritas como si se trataran de un sueño ocioso o una proyección voluntarista y arrogante. Sin embargo, ellos estuvieron más cercanos a una crisis real que se continuaba y profundizaba que algunos escritores posteriores que simplemente reaccionaron contra ellos.

Brave New World de Huxley (1931) y *Nineteen EightyFour* de Orwell (1949) todavía son considerados a menudo como necesarios correctivos a la respuesta wellsiana. Pero también son “correctivos” de la respuesta de Morris, y por cierto de todo ese movimiento positivo de cambio social. Huxley muestra un mundo que ha logrado una comodidad a lo Morris por medios wellsianos (educación científica, mejor producción y transporte, drogas, un orden social científico). Diagnostica su futilidad y la contrasta con una visión primitiva: una nueva versión, en deuda con Lawrence, de una simple vitalidad rural, ya no inocente sino salvaje; el ritmo de la sangre. Orwell destroza esta visión mostrando al movimiento socialista alcanzando su apogeo en Ingsoc, con su sistema totalitario de mentiras, tortura y policía intelectual, y con la ciudad en la que se establece sucia, media destruida, sometida a perpetuas guerras. Hubo muchas justificaciones para estas reacciones, en el siglo veinte, pero es significativo que la crisis central, a la cual tan fuertemente respondieron Morris y Wells, ya entonces había sido ampliamente considerada. Los movimientos de cambio, más que las condiciones que los provocaron, se han convertido en el centro de interés crítico. Para satisfacción de una crítica a menudo justificada,

la crisis en sí misma puede llegar a parecer secundaria. Orwell, de hecho, había seguido en muchos sentidos a Gissing: en sus exploraciones deliberadas de la mugre urbana, a la cual respondió con algo de la misma inquieta aversión pero en definitiva con una humanidad mucho más refinada y generosa: una determinación que llegó a su clímax en su celebración de Barcelona, la ciudad revolucionaria. En su profunda desilusión con el desarrollo del socialismo, volvió, en su última obra, como en *Coming up for Air* (1939) a una visión del campo, el antiguo campo no corrompido, como lugar de retiro y descanso humano, una inocencia que la civilización, capitalista o socialista, estaba destruyendo agresivamente. La ciudad ruin, fea, expuesta y solitaria de *Nineteen EightyFour* es consecuencia de una perversión de la idea colectiva.

Estos fueron cambios importantes dentro de un movimiento de ideas. Aún así la crisis se agudizaba y se extendía continuamente. Lo que, a principios del siglo diecinueve, había sido un fenómeno principalmente inglés, se estaba volviendo internacional y en cierto sentido universal, extendiéndose a la Europa occidental industrializada y a Norteamérica a fines del siglo diecinueve y principios del veinte, y extendiéndose durante la primera mitad del siglo veinte al Asia y Latinoamérica. En Estados Unidos, a menudo visto hoy como modelo de civilización metropolitana, la población rural aún excedía a la urbana en una fecha tan tardía como fue sobrepasada por ella entre las dos guerras. A nivel mundial, la población que vivía en pueblos (más de cinco mil habitantes) aumentó entre 1850 y 1950 del siete a casi el treinta por ciento. Y, lo que es más significativo, en la primera mitad del siglo veinte la población que vivía en las ciudades (más de cien mil habitantes) creció a una tasa del doscientos cincuenta por ciento. En muchas partes del mundo, las ciudades más antiguas entraron en la fase metropolitana, durante un período de rápido incremento de la población total. No sólo fue una transformación fundamental de los patrones de asentamiento humano. También fue un nuevo tipo de exposición: a problemas de relación entre población y alimento; a problemas de uso de la tierra y polución; y, afectando profundamente a la imaginación, a formas de agresión física masiva, como el bombardeo de exterminio de la Segunda Guerra Mundial y, en su punto culminante, la destrucción de ciudades con bombas atómicas. James Thomson había imaginado una tormenta natural que destruía la ciudad de la gente de piedra. Wells había imaginado un ataque marciano a Londres, con el "Humo Negro" y el "Rayo de Calor": los habitantes paralizados de la ciudad expuesta a esta abrumadora destrucción solo se salvan por el accidente de la infección bacteriana diferencial. En una época de guerras, poblaciones en crecimiento y crisis sociales internacionales la imagen de la ciudad sufrió entonces nuevamente un cambio rápido.

Esto es sumamente evidente en lo que ahora llamamos ciencia ficción: los herederos directos de la respuesta de Wells a la ciudad. Además se agregaba otro elemento, desarrollado también a partir de Wells: las civilizaciones alternativas de otros planetas y sistemas solares. James Thomson, mirando las estrellas desde la ciudad, había escrito:

*Si pudiéramos acercarnos a ellas en
un vuelo no volado.
Encontraríamos que, no son sino*

*mundos tan tristes como este.
O soles tan auto consuntivos como
el nuestro.
Anillados por planetas igualmente
impropios.*

En la novela científica explícita, el sentimiento opuesto las estrellas como nueva frontera, para la expansión y el progreso del hombre ha sido un componente evidente. Se han imaginado ciudades relucientes, en mil planetas, con todo tipo de maravillas técnicas. (Un ejemplo representativo, basado directamente en ideas wellsianas, es *The Underprivileged* de Brian Aldiss; también está *The City and the Stars* de Arthur C. Clarke). También ha existido una significativa imaginería de las civilizaciones que se ha desarrollado más allá de sus fases urbana y técnica: gente viviendo en lo que uno puede reconocer como los antiguos lugares pastoriles campo abierto, pueblos pequeños pero que dispone de un gran poder porque ha internalizado las capacidades comunicacionales y productivas de la fase urbanocientíficoindustrial (*Forgetfulness* de Don A. Stuart es uno de los muchos ejemplos posibles). Todos los elementos de la larga historia entre el campo y la ciudad han sido ideados de este modo.

Pero también es importante notar una proyección profundamente pesimista de la ciudad en sí misma. Ahora es un convencionalismo. Una antología de historias del futuro, editada por Damon Knight bajo el título convencional de *Cities of Wonder*, contiene varios ejemplos de herederos directos de la ficción urbana del siglo diecinueve y su transmutación por Wells. Tenemos el *Billennium* de J. G. Ballard, por ejemplo, en el cual el noventa y cinco por ciento de la población estaba permanentemente atrapada en vastos conglomerados urbanos... El campo, como tal, ya no existía. Cada pie cuadrado de tierra producía frutos de un tipo o de otro. Los que fueron campos y praderas del mundo eran, ahora, pisos de fábricas.

O tenemos la ciudad vastamente destruida por el bombardeo y la radiación, en *Dumb Waiter* de Walter M. Miller: que todavía funciona físicamente por el control electrónico del Coordinador del Servicio Central pero que es un lugar peligroso para que los hombres regresen e intenten salvarse. Tenemos la ciudad que en *Festing Pilot* de Henry Ruttner, para resolver sus propios problemas domésticos de agua, alimento, poder y colocación de residuos se ha vuelto "tan artificial que nadie podría habitarla", y garantiza la supervivencia de sus habitantes únicamente por medio de la hipnosis colectiva. Semejantes ciudades automáticas encerradas en sí mismas, en las que sus habitantes no pueden creer en un mundo fuera de sus paredes, han sido imaginadas una y otra vez, a menudo junto con el tema del intento por irrumpir en el campo libre que está más allá. Un ejemplo temprano es *The Machine Stops* de E. M. Forster, que termina con "toda la ciudad... rota como un panal de miel" por el choque de una aeronave, mientras afuera "en la bruma y los pantanos" otra gente, los Sintecho, esperan tomar posesión de ella, pero no para reconstruir la máquina destructiva. O está la ciudad que se ha convertido en un organismo, como en *Single Combat* de Robert Abernethy:

Durante trescientos años la ciudad había estado creciendo... como un cáncer que se desarrolla a partir de unas pocas células desenfrenadas... Cuando creció procuró alimento en unos cientos, unos miles de millas de tierras interiores; la tierra le cedió su fertilidad y sus bosques fueron segados como el grano, y los hombres y animales vivieron también para alimentar su apetito siempre creciente... A medida que se alimentaba, evacuaba sus desperdicios en el mar y exhalaba sus venenos al aire, y se volvía cada vez más inmunda a medida que se hacía más poderosa. Desarrolló poco a poco un sistema nervioso central de alambres tendidos y cargados cables... Evolucionó desde una enormidad invertebrada de crecimiento salvaje hasta una criatura superior con atributos tangibles acordes a los conceptos subjetivos de *voluntad y determinación y conciencia*.

Finalmente, en los viajes a Utopía y demás lugares de la galaxia, tenemos las ciudades volantes de *Earthman, Come Home* de James Blish, mudándose a nuevos mundos pero recapitulando dentro de sus medio ambientes totales cada una de las fases de la historia humana.

Estas ficciones de ciudades del futuro interactúan, en la mente, con las remotas ficciones de lo pastoril. Pero mientras que, en el desarrollo de lo pastoril, había un distanciamiento respecto de las realidades de la vida de campo, en esta ficción ciudadana hay una evidente superposición con un trabajo muy distinto: de sociología urbana y planeamiento; de estudios sobre el gobierno de las ciudades; de trabajo en el medio ambiente físico de una civilización industrial y metropolitana: de todo aquello en que si bien con distinto énfasis los problemas de la ciudad desde el tránsito hasta la polución, desde los efectos sociales hasta los psicológicos, suelen ser vistos como abrumadores y, en algunas perspectivas, como insolubles.

Es una situación extraña, porque esto no sólo coexiste con un crecimiento urbano todavía rápido y a menudo no planificado, sino también con un planeamiento específico a mayor escala: ciudades longitudinales de hasta cien millas de largo; nuevas ciudades concebidas y construidas con fundada seguridad de planificación y proyección. Hay una evidente dificultad en la conciencia dominante. En un sentido, parece que todo lo concerniente a la ciudad desde lo magnífico hasta lo apocalíptico puede creerse al mismo tiempo. Una causa de esta dificultad es la complejidad de las presiones y los problemas. Pero otra causa, no tan fácilmente rastreada, es la abstracción de la ciudad como un colosal problema aislado, y las imágenes tradicionales han hecho mucho para sustentar esto. No obstante lo que tenemos que advertir, cuando consideramos las realidades y las imágenes de la ciudad, es que ambas se han desarrollado dentro de una historia mundial más amplia, en la cual, en una nueva y sorprendente dimensión, se le ha dado tanto a la ciudad como al campo definiciones nuevas y al principio apenas comprendidas.

Traducción de Carlos Belvedere